

Dos años en Pilkhana... (Calcuta)

Autora:

María de Muns. Psicóloga

Palabras clave: India, Cooperación al desarrollo, desnutrición, sandalia, Pilkhana

La *Ciudad de la Alegría*, o **Pilkhana**, que es su verdadero nombre, es un gran *slum* que se encuentra en la ciudad de Howrah, al oeste de Calcuta, al otro lado del río Hugli, un hijo del Ganges.

En Pilkhana he pasado estos dos últimos años, en un pequeño dispensario, aprendiendo a trabajar para el desarrollo en tiempos de crisis.

Nuestro trabajo se centra en la atención a los niños del barrio y a sus madres, con una ginecóloga, una pediatra, una unidad para niños con desnutrición y una guardería.

Es un centro pequeño, pero la demanda es mucha. Trabajamos con familias numerosas, con una media de 6 a 8 hijos por familia., con madres que vienen a pedirnos ayuda con un bebé en brazos, dos pequeños agarrados a su sari y embarazadas del próximo.

Al dispensario llegan niños con desnutrición severa, en su mayoría niñas, en un estado que, hasta que llegué aquí, sólo había visto en documentales. Lo que nunca imaginé es que iba a encontrar niños a punto de morir por desnutrición, en la misma calle en la que se encuentra una farmacia con leche para lactantes.

La primera vez que llegué aquí no podía entender cómo una situación como ésta no aparecía cada día en las noticias.

Y es aquí donde he aprendido lo que significa trabajar para el desarrollo, ayudarles a valerse por sí mismos, no puntualmente, en casos de emergencia, sino dándoles un futuro.

Desarrollo es ver como **Dilshad**, que llegó con 3 meses, a punto de morir, hace carreras a gatas por toda la unidad de desnutrición, o hacer una fiesta para celebrar que **Sabina**, venida hace dos años, empieza el colegio la semana que viene. Trabajar para el desarrollo es ser testigo de milagros como éstos cada día.

Pero los voluntarios también vamos de vacaciones, y yo, el lunes, volví de Bombay.

Me tome cinco días de vacaciones para ir a conocer otro proyecto: *Sonrisas de Bombay*. *Sonrisas* fue fundado por un periodista español, Jaume Sanllorente, quien, en un viaje a India, conoció un orfanato a punto de cerrar y dejó

todo para dedicarse a los niños de ese orfanato. De esto hace sólo seis años y, ahora, *Sonrisas* tiene un orfanato, dos colegios, un proyecto de 112 guarderías en distintos *slums* y colabora en otro para la erradicación de la lepra. Es increíble cuántas cosas se pueden hacer, y hacer tan bien, en sólo seis años, pero con mucho trabajo e ilusión.

El primer día visité varias de las guarderías. La coordinadora india se quedó encantada de que pudiera hablar hindi, (*broken hindi* o hindi roto, sería más acertado), y de que viviera en Calcuta, y me invitó a que diera un rato de clase a los niños. Así que, allí me tenéis, trabajando en vacaciones, cantando canciones en hindi con los niños y haciendo juegos y preguntas.

El segundo día visitamos uno de los colegios y el proyecto de lepra, que es impresionante.

Ana es la persona de *Sonrisas* que me acompañó en la visita. Y, al día siguiente, me presentó a la comunidad española que vive en Bombay, y me invitó a ir con ellos a *Dharavi*. *Dharavi* es el *slum* donde se rodó la película *Slum Dog Millionaire*. Allí vive Jesús, un asturiano con un proyecto: *100 familias indias*. Se dedica a recorrer India, conviviendo y entrevistando distintas familias indias, para acercar su cultura a Europa, conociéndola desde dentro, más allá de las imágenes que se repiten una y otra vez en los reportajes sobre India. Tiene una web donde cuenta el proyecto www.100familiasindias.com. Jesús había organizado una fiesta en *Dharavi*, y la comunidad española éramos los invitados especiales.

Un *slum*, al final, no es más que un pueblo, más o menos grande, con condiciones mejores o peores, donde todo el mundo se conoce, y donde, cuando llega alguien de fuera, todos quieren conocerlo.

La fiesta era en una pequeña placita donde se habían instalado altavoces y ponían música de Bollywood a todo volumen. La placita estaba repleta: los españoles, los hombres, los jóvenes y los niños bailaban sin parar. Mientras, las mujeres y las niñas miraban desde fuera. Yo no llegué a entrar en la placita. Me quedé con un grupo de mujeres y niñas y les invité a bailar. Las mujeres negaron con la cabeza, y una de las niñas me explicó: *Las chicas indias no pueden bailar. Aquí no, pero podemos bailar en casa. Ve tú a bailar*. Y yo les dije: *Yo también soy chica. Si*

tú no bailas, yo tampoco. Mejor me quedo aquí contigo. Poco a poco más mujeres se acercaron. Sorprendidas y curiosas al ver que hablaba hindi, y hacía gestos que podían reconocer. Y en seguida me sentí como en casa. Bombay y Calcuta están a dos días de tren la una de la otra, pero es increíble lo familiar que me resultaba todo. Casi dos años viviendo aquí no pasan en balde.

Mi nueva amiga, de ocho años, y su hermana, de nueve, que hablan un inglés perfecto, me invitaron a su casa. Y allí me fui. Ya había oscurecido. Las calles estaban oscuras, y son estrechas; el alcantarillado estaba en medio de la calle... Y, bueno, digamos que tuve un pequeño incidente y perdí una de las sandalias. No sé si sabéis que en India sólo se usan sandalias, no zapatos ni zapatillas.

Descalza del pie derecho llegué a casa de las niñas. La casa, como la mayoría de las casas de los slums, era un cuarto pequeño, donde vivía toda la familia. Y allí estaban las tres generaciones de mujeres de la familia, la abuela, las hijas y las nietas... y, poco a poco, se fueron uniendo las vecinas de alrededor, para conocer a la recién llegada. En la casa no había sillas, pero en seguida fueron a buscar una; me sentaron en la silla y me trajeron un zumo de mango. Mientras, todas las mujeres se colocaban a mi alrededor, me preguntaban cosas, se reían de mi hindi. Las niñas les contaron mi incidente, la pérdida de mi sandalia, y más se reían.

Pero tenía que comprar una sandalia nueva. Terminé mi zumo y la hermana mayor me prestó unas de las suyas para el camino. ¡Unas sandalias de tacón! ¡Y ya sabéis lo bien que camino yo con tacones! Y así me fui, con las dos hermanas, la madre y la pequeña de cuatro años (quien también quiso venir) de mi mano, a comprar unas sandalias. Un paseo nocturno por Dharavi con zapatos de tacón. Como si hubiera vivido allí toda la vida.

Fue un día increíble. Cinco días increíbles. Bombay no son sólo los slum; también es una ciudad enorme, con una playa que se viste de feria cada atardecer, con chiringuitos, música, noria, muchísima gente, familias con niños, globos,... Con edificios enormes, supermodernos, bares y restaurantes de diseño, cines, muchos cines... Es una ciudad increíble. India es increíble. *Incredible India* es uno de los slogans que se repiten por todo el país. Y es cierto. Hay tanto que ver en India, que no acabarías nunca. Un país donde los opuestos conviven, las distintas religiones conviven, donde cada 400 millas cambia el idioma, el paisaje, la comida, la ropa, los colores. Un país donde todo es posible.

Un abrazo grande,

Maria de Muns